

Edición de la mañana.

CRISIS MINISTERIAL? CONSEJO DE MINISTROS PRESIDIDO POR S. M.

Se constituyó a las once en el despacho de la Reina, y a las doce había concluido. Los primeros ministros que salieron de Palacio, fueron los Sres. Capdepón, López Puigcerver y conde de Xiqueña, quienes se dirigieron a la casa de la Reina...

LAS CONSULTAS DE LA REINA

La Corona consultará entre ayer y hoy a los señores siguientes: Montero Ríos, marqués de la Vega de Armijo, Martínez Campos, Elduayen, Pidal, Azcarra, Silveira, Gamazo, López Domínguez, duque de Tetuán y Romero Robledo.

Los actuales presidentes de las Cámaras han sido consultados de dos a tres de la tarde.

El primero fué el Sr. Montero Ríos. El señor marqués de la Vega de Armijo acudió a Palacio apenas fué elegido presidente del Congreso.

Sus consultas fueron breves. Según nuestros informes, en el sentir de dichos señores políticos el actual gobierno debe hacer frente a la cuestión internacional, contando como cuenta con el apoyo general de la opinión y de todos los partidos para salvar la honra y los intereses de la nación.

La consulta que mayor interés inspiraba era la del general Martínez Campos, pues hace días se viene hablando de la formación de un ministerio bajo su presidencia, constituido por ilustres personalidades de todos los partidos.

El general Martínez Campos estuvo en Palacio a las cinco y media y permaneció de conversación con S. M. cerca de una hora.

Al salir de la consulta, culpó a uno de nuestros redactores la hora de ser el único periodista que tenía el título principal de la militia espúscara franca y noblemente el alcance y significación de su visita a S. M.

«Esta vez, exclamó, puedo ser explícito y decirlo todo claramente.»

«Mi opinión, expuesta a S. M. la reina con la sinceridad que me caracteriza, no es otra que la que expresan estas palabras: El actual gobierno debe seguir adelante y tener el apoyo más leal y sincero de todos los españoles.»

«Claro es, añadió, que si el partido liberal no tuviera los alientos precisos para hacer frente a las gravísimas circunstancias en que nos encontramos, debe limitarse, en mi sentir, a los conservadores, y si tampoco se creyeran en condiciones, entonces, señoría, aquí estoy yo.»

«Nadie puede creer que me anima ningún deseo, ni ambición personal,—dijo con razón el ilustre general Martínez Campos.— Me mueve no más, al hablar así, mi amor a la patria y a las instituciones.»

«Los ministros no han presentado las dimisiones.»

«Es muy de apreciar el rasgo de defianza que ha tenido el Sr. Sagasta, aconsejando a S. M. que oiga las opiniones de todos.»

«La explicación de estas consultas,—dijo el general—no está en que una crisis las motive.»

«Las Cortes no han funcionado hace mucho tiempo y aunque hubieran estado reunidas, no era cosa de discutir en ellas el problema de la guerra con los Estados Unidos.»

«Era preciso que las opiniones de estos importantes ilustrados a la Corona en estos momentos delicadísimos, y el Sr. Sagasta ha procedido bien aconsejando las consultas a S. M. para que resuelva lo que estime mejor.»

El general Martínez Campos ha dicho también que fué al Senado a provocar una protesta seria contra la brutal política de guerra que se ha emprendido en el primer momento hábil de la legislación actual, y que a nadie comunicó su pensamiento hasta llegar a la alta Cámara.

Allí le consultó con el Sr. Montero Ríos y los jefes de las minorías, que acogieron con gran patriotismo su propósito.

El marqués del Pazo de la Merced salió de la regia estancia a las siete próximamente.

Dijo que había aconsejado a S. M. la continuación del ministerio actual en las presentes circunstancias, por las dificultades que ofreciera un cambio de gobierno; añadiendo que podría ser más adelante oportuna una modificación, mientras que lo que

procede en el momento es que presten su apoyo al gobierno todos los partidos.

Los Sres. Pidal y Azcarra han aconsejado a la reina en el mismo sentido que el general Martínez Campos.

FIRMA DE S. M. Guerra.

Nombrando vocal de la primera sección de la junta consultiva de Guerra al general de división D. José Jiménez Moreno.

—Idem segundo jefe del cuarto cuerpo de ejército al general de división D. José García Navarro.

—Idem comandante general de la segunda división del cuarto cuerpo de ejército y gobernador militar de la provincia de Tarragona, al general de división D. Francisco Gómez Solano.

—Idem comandante general de la comandancia de la guardia civil de Córdoba al teniente coronel del benemérito instituto D. Antonio Jaime Ramírez.

—Idem para el mando del regimiento de infantería reserva de Teruel al coronel don Enrique Brullal Gil.

Entre otras recompensas por méritos de guerra, figuran:

Empleo de teniente coronel al comandante de infantería, D. Ramón Pérez Fernández y al de estado mayor D. Juan González Gelpi; de primer teniente al segundo de la escala de reserva de infantería D. José Rebolledo Gallardo; cruz roja de segunda clase del Mérito Militar, al teniente coronel de infantería D. Emilio Sanz Durricar, y la de primera al capitán de igual arma, don Rafael Rodríguez de Rivera.

SALIDA DE WOODFORD

A las tres de la tarde empezaron a acudir a la estación del Norte algunos curules, delegados de vigilancia y agentes de dicho cuerpo y los redactores de todos los periódicos de Madrid.

Por la calle de Bailén, puerta de San Vicente y alrededores de la estación se notaba gran lujo de precauciones estando tomadas las avisadas por parejas de caballería de la guardia civil.

Próximamente a las tres y media llegaron a la estación varios mozos con el equipaje de Mr. Woodford, consistente en cinco baules y dos cajas de madera.

A esa hora llegó también el agregado militar de la legación yankee, Mr. Bliss, quien se ocupó en facturar el equipaje.

Serían las tres y cuarenta y cinco cuando llegó al patio exterior de la estación el coche de la legación norteamericana, conduciendo a Mr. Woodford y al primer secretario Sr. Sickers.

Delante iba otro coche con el coronel Morera y el capitán ayudante Sr. Asín y detrás de los dos vehículos una escolta de la guardia civil, compuesta de 25 individuos al mando de un oficial.

Woodford penetró en la estación con la cabeza descubierta y recibió el saludo del encargado de Negocios de Inglaterra que en unión de parte del personal de la embajada y dos o tres señoras, acompañó a la estación.

También le saludaron los corresponsales yankees que se encuentran en Madrid y el marqués de Valdeiglesias.

Al entrar en el coche Woodford dijo al coronel Morera: Good-bye.

En el mismo coche iban el agregado militar Mr. Bliss, el primer secretario mister Sickers y otro empleado de la legación.

En otro coche vimos al negro Jaime.

Compusé el sub-express de cuatro coches, dos que traía de Gibraltar y otros dos que tomé aquí. Lleva dos máquinas y un restaurant.

El total de viajeros que conduce asciende a 45.

Custodiando el tren van hasta Irún, un oficial y seis números de la guardia civil.

En el andén no se ha visto a ningún embaajador.

En el instante de partir el sub-express, que salió con diez minutos de retraso, resonaron en el andén entusiastas vivas a España, al ejército y a la marina, vivas que fueron contestados por todos, excep-

ción hecha de los corresponsales yankees, que se encontraban como asombrados de la sensatez que hasta el último momento ha demostrado el pueblo de Madrid.

No habían terminado los vivos cuando se presentó en el andén el gobernador civil señor Aguilera, que había permanecido en una de las dependencias de la estación, y dirigiéndose a cuantas personas habían presenciado la salida del tren, pues salía en dicho instante, exclamó:

—Señores, ya todos los que estamos aquí somos españoles. Ahora, sin peligrar ningún, podemos todos gritar: ¡Viva España! ¡Viva el ejército! ¡Viva la marina!

Y por último, añadió el Sr. Aguilera, gritemos: ¡Viva el gobierno! puesto que éste lo componen españoles.

Seguidamente ordenó el gobernador que se retirase la fuerza del 14 tercio, que se hallaba en la estación, y encareció a todos que entraran en Madrid con orden para no alterar la tranquilidad pública.

VILLUENDAS ABSUELTO

A las seis y media de la tarde ha terminado la vista de la causa instruida a consecuencia del asesinato de Sr. Moreno.

El jurado ha emitido veredicto de inculabilidad, siendo, en virtud de él, absuelto Manuel Villuendas.

La decisión del tribunal popular fué recibida con vivas demostraciones de aprobación por el numeroso público que llenaba la sala.

La falta de espacio nos obliga a retirar el extracto de esta última sesión.

SENADO

SESIÓN DEL DÍA 21 DE ABRIL DE 1898.

Preside el Sr. Montero Ríos. Se abre a las tres y media. En el banco azul están los Sres. Gullón, Grotzari y Correa.

Se da cuenta del despacho ordinario acumulado en el interregno parlamentario.

Entre las comunicaciones figuran las que participan los nombramientos de señores hechos por las provincias de Ultramar y los de vitales nombrados por la Corona.

Se lee la lista de senadores electos que que han presentado sus actas en la secretaría.

Se lee el art. 13 del reglamento.

El Sr. Martínez Campos: He leído en los periódicos que el Sr. Polo de Bernabé, cumpliendo órdenes del gobierno, había pedido los pasaportes y se anuncia que se los ha dado al Sr. Woodford.

«Es cierto?»

El Sr. Gullón: Dentro de los límites que imponen los actuales momentos contestaré a S. S.

Sabe el Senado que en las Cámaras americanas se ha votado una proposición atentatoria a la soberanía de España en Cuba, encargando al Presidente de la república que exigiera la evacuación.

Se encargó al Sr. Polo de Bernabé que aprobara la proposición, pidiera sus pasaportes.

Ayer mañana la aprobó el Presidente de la república, y el Sr. Polo de Bernabé salió anoche de Washington por el Canadá.

En vista de ello, y autorizado por mis compañeros de gabinete, he dirigido una breve comunicación al Sr. Woodford, diciéndole que son imposibles en absoluto las comunicaciones oficiales entre los Estados Unidos y España. (Bien, bien.)

El Sr. Martínez Campos elogió el proceder del gobierno. Los Estados Unidos querían llegar a todo trance a la situación en que nos encontramos, y más pedían cuanto más les dábamos.

En el momento en que el presidente Mac-Kinley ha suscrito las ofensas a nuestra patria, creo que no debe haber más que españoles para apoyar al gobierno que está constituido por españoles y merecen toda nuestra confianza. Yo lo ofrecí el concurso de la minoría conservadora.

El Sr. Ferrnández Gómez: Soy republicano y moriré siéndolo, pero tratándose de la honra y de la dignidad de la patria no me acordaré de que lo soy y estaré al lado del gobierno, sin perjuicio de pedirle en su día las responsabilidades que le alcancen. (Bien, bien.)

El señor ministro de Estado dice que nadie como el gobierno desea con impaciencia que llegue el momento de exigir responsabilidad, y añade que sus esfuerzos serían tal vez estériles sin el patriótico concurso de todos.

Se lee la siguiente proposición:

«Pedimos al Senado se sirva aprobar la siguiente proposición:

«El Senado ha oído las explicaciones del gobierno y le ofrece su apoyo para poner a salvo la honra y los intereses de la nación. Palacio del Senado, 21 de abril de 1898.»

—Votos: Romero Girón, Arsenio Martínez Campos, Víctor Balaguer, Antonio María Fábila, Francisco Santa Cruz, marqués de Urquijo, Antonio García Rizo y Salustiano Sanz.

El señor secretario pregunta: ¿Se toma en consideración?

Varios señores senadores: ¡Sí sí, por unanimidad!

El mismo señor secretario: ¿Se aprueba?

Varios señores senadores: ¡Por aclamación, por aclamación!

El señor Presidente de la Cámara: No solo constará en el acta la proposición que por unanimidad acaba de votar el Senado, sino que constará en los libros de la historia, demostrando una vez más que el pueblo español no es lo lastimo en su honor sus intereses pone su dignidad y su honor.

Sabrán también el gobierno que al defender la dignidad de la patria cuenta con el voto unánime de la alta Cámara, que tiene la seguridad de que en este caso representa la unanimidad de la nación española. (Aplausos.)

El señor ministro de Estado da las gracias, en nombre del gobierno, por la proposición aprobada y la da, no como gobierno de partido, no como gabinete Sagasta, sino como gobierno español. (Aplausos.)

ORDEN DEL DÍA

Resultan elegidos: Primer secretario, señor vizconde de los Asilos, por 143 votos.

Segundo, señor marqués de Reinos, por 142.

3.º Sr. Calbetón, por 109.

4.º Señor marqués de Aranda, por 119.

Los Sres. Balaguer, duque de Terranova, marqués de Magaz, Maluquer, Vázquez Queipo, Sanz y Torre y Gil, son nombrados para la comisión de actas, por 108 votos.

Se suspendió la sesión para que la comisión de actas emitiese dictámenes.

Eran las cuatro y media.

Se reanuda la sesión a las siete y veinte minutos.

Se da cuenta de haber nombrado la comisión de actas presidente al Sr. Balaguer y secretario al Sr. Maluquer.

Se leen los dictámenes sobre las actas limpias y de protestas levas, declarándose urgente su discusión y se levanta la sesión a las siete y media.

CONGRESO

SESIÓN DEL DÍA 21 DE ABRIL

A las doce y veinticinco minutos de la tarde abrió la sesión el presidente de Cámara, Sr. Ramos Calderón.

Uno de los secretarios dió lectura al acta de la junta preparatoria, que es aprobada.

En las tribunas apenas hay algún que otro curioso; el salón muy animado.

Entre los diputados se ven los ministros de Estado, Gobernación y Hacienda, y los ex-ministros Gamazo, Maura, Linares Rivas y Castellano.

El Sr. Pidal conferenció buen rato con el Sr. Moret.

Aprobada el acta, se leyó la lista de los diputados electos que han presentado sus actas para hacer algunas rectificaciones de apellidos, y los críticos reglamentarios que tratan de la constitución interna del Congreso, procediéndose acto seguido a la elección de presidente interino.

La votación.

El primero que deposita su voto es el marqués de Teverga y el segundo el señor Gamazo.

Después de varios otros diputados, votan los ministros de Estado, Gobernación, Hacienda y Fomento, abandonando en seguida el salón.

Todos los diputados de unión conservadora con los Sres. Pidal y Silveira y los amigos del Sr. Elduayen han votado; los roeristas, los republicanos, los carlistas y los diputados cubanos se han abstenido.

Al verificarse el escrutinio aparecen 249 votantes, resultando elegido presidente el señor marqués de la Vega de Armijo por 245 votos y una papeleta en blanco.

Continuó la votación de vicepresidentes dando el siguiente resultado:

Primer vicepresidente señor marqués de Teverga, por 193 votos.

Segundo D. Tirso Rodríguez, por 144.

Tercero señor marqués de Ibarra, por 110.

Cuarto D. José Gándara, por 78.

Hubo cinco papeleta en blanco y un voto para el Sr. Monares.

Acto continuo se procede a la elección de secretarios.

Tomaron parte en la votación 268 diputados electos. El resultado fué el siguiente: secretario primero, Sr. Alonso Martínez, 154 votos; segundo, Sr. Alvarez de Toledo, 146; tercero, Sr. Gullón, 139; cuarto, señor conde de Toreno, 55.

Hecha la proclamación de la mesa interior, pasaron a ocupar sus puestos el presidente, señor marqués de la Vega de Armijo, y los secretarios Sres. Alonso Martínez, Alvarez de Toledo y conde de Toreno.

En el banco azul se encuentran los señores presidente del Consejo, ministros de Hacienda, Ultramar, Gobernación y Fomento.

Los escaños se pueblan de diputados.

El señor marqués de la Vega de Armijo habla desde el sillón presidencial, y dice:

El deber me impone la obligación de daros gracias por la honra que me habéis dispensado elevándome nuevamente a este sillón.

Las circunstancias son muy graves. D un momento a otro puede recibirse la noticia de que se han roto las hostilidades y nuestro deber es encontrarnos dispuestos para hacer frente a las contingencias de los sucesos que se aproximan.

Ruego, pues, a los señores diputados que abrevien en lo posible los preliminares de la constitución de la Cámara, y prescindiendo de las divisiones que por desgracia sufren los partidos políticos, estemos todos unidos para defender la bandera y el decoro de España.

Terminado este breve discurso, el presidente propone un voto de gracias para la mesa interina, que fué acordado por unanimidad y en seguida se procedió a la elección de los individuos que han de formar la comisión de actas.

Resultaron elegidos los señores siguientes: Maura, 94 votos; Ruiz Valarino, 92; González Ugido, 88; conde de Retamoso, 88; Amat, 85; Fernández de las Cuebas, 84; Ruiz Jiménez, 81; López Pelegrín, 80; Belmonte, 81; Bergamín, 62; Aparicio, 57; marqués de Figueras, 63; Alvarado, 57; Azcarra, 64; Castellano, 46.

Tomaron parte en la votación 256 diputados.

A las seis y cuarto comenzaba la votación para elegir la comisión de incompatibilidades.

Terminó el escrutinio a las siete, quedando proclamados los señores González de la Fuente, por 60 votos; Martínez Asensio, 59; Benedito, 59; García Barrado, 59; Hernández Prieto, 58; marqués de Ibarra, 51; Fernández Latorre, 51; Quiroga Vázquez, 51; Diaz de Rábago, 51; Silveira (F.A.), 51; Díaz Cordobés, 47; Comyn, 46; Cortezo, 47; Ballesterro, 37; Gobantes, 43.

Tomaron parte en la votación 178 diputados.

Se suspendió la sesión mientras la comisión de actas emita informe.

La comisión terminó su trabajo a las nueve menos veinte, dejando sobre la mesa los dictámenes correspondientes y asimismo la de incompatibilidades.

El Sr. Gándara pidió la palabra para decir que a su juicio la constitución de la comisión de actas adolecía de un vicio de nulidad, y desaba, por tanto, discutir sus acuerdos.

El señor marqués de la Vega de Armijo observó que habiendo acordado el Congreso reunirse por la noche, entonces sería ocasión de plantear el debate que desaba el diputado conservador.

Este lo comprendió así, y se suspendió la sesión nuevamente.

POR LA NOCHE

Pocos curiosos en la tribuna pública; casi vacías las de orden y concurrencia extraordinaria en los escaños.

Tal es el aspecto del salón de sesiones cuando el señor marqués de la Vega de Armijo declara abierta la sesión a las diez y media.

Pravia aprobación del correspondiente dictamen, queda proclamado diputado don Antonio Maura, que presidirá la comisión de actas.

Al leerse el dictamen del acta correspondiente al Sr. Ruiz Valarino, el Sr. García Aliz pide la palabra para decir que el acta tiene protestas, y que el Sr. Ruiz Valarino está incapacitado reglamentariamente para formar parte de esa comisión.

Esta minoría (la liberal o conservadora) añadida—está dispuesta a que no entre de

circunstancias. Entonces ¡ah! entonces habré triunfado. Saborearé mi venganza. Se levantó y se dirigió al timbre eléctrico, nyo botón apretó. Un criado del hotel se presentó para recibir sus órdenes. —Esta noche espero una visita—dijo el americano,—una señora. Preguntará por el cuarto número 15, la dejaré entrar sin preguntarle su nombre. —Está muy bien, señorito—le contestó el criado, inclinándose y salió. Octavio Rouviere se sentó en el sillón y encendió de nuevo el cigarro. Y al mismo tiempo que contemplaba las espirales de humo, que formando círculos se elevaban por encima de su cabeza, reflexionaba. —¿Vendrá? ¿Quién es capaz de saberlo! Las mujeres son arcanos y esa más que ninguna. Permaneció un instante inmóvil y pensativo. Después, lanzando una ruidosa carcajada, exclamó: —¡Oh! sí, vendrá; apostaría la cabeza. No es de las que retroceden ante una explicación. Vamos a tener una escena tempestuosa que me regocijará. Por su parte me dirigirá toda clase de recriminaciones, de reproches y de injurias. La dejaré decir lo que se le antoje. En seguida se tranquilizará y empezará llorar, a gemir y a lamentarse. Imposible y burlesco me verá correr sus lágrimas. Me suplicará de rodillas que olvide el pasado. ¿Quién sabe? Quizás me ofrezca ser mi mujer. ¿Que triunfo entonces será contestarla haciendo una profunda reverencia: «Muchas gracias, querida; pero es tarde, muy tarde.» Y por la primera vez en su vida, esa orgullosa temblará bajo mi mirada. —¡Ah! Vas a ver lo que cuesta burlarse de un hombre de mi temple. —Y Wallace Bryant se frotó las manos, mientras que una sonrisa se dibujaba en su rostro. En seguida, recostándose en el sillón y pasando a otro orden de ideas, prosiguió sus pensamientos. —El desgraciado Gaston de Lachesnaye, cuán fácilmente se ha dejado engañar. —Y, sin embargo, es un joven de talento, destinado a un porvenir brillante. —Si pero es débil, muy débil. Ma ha bastado un pequeño esfuerzo para tronzarle como a

una caña; para aplastarle con mi odio, para anonadarse para siempre. —¡Ah! Si ella lo hubiese querido hubiese sido el amigo de su hijo. Me agradaba ese joven... sentía por él cierto atractivo... —¿Por qué? Lo ignoro. Hubiera debido odiarle. Es el hijo del otro—del marido—del hombre que me ha suplantado en el corazón de Beatriz. Poco trabajo me hubiese costado olvidar su nacimiento. Hubiese sido su apoyo en la vida, su consejero, su segundo padre. Le hubiese ayudado a crearse una magnífica carrera; y por último, le hubiese adoptado. —Sí, sí, le hubiese protegido contra las tentaciones que le han asaltado, y a las cuales le exponían su ardiente imaginación, su gran sensibilidad y su vibrante naturaleza. Por el contrario, he destruido su vida y deshonrado su nombre. —¿De quién es la culpa más que de una mujer altiva? —¡Ah! Beatriz, Beatriz! ¿Qué remordimientos vas a sentir cuando sepas que tú has sido la única causa de la pérdida de tu hijo! —¿Con qué desconsuelo maldecirás tu inconcebible testarudez! —Y ahora ya es tarde para reparar el daño. Miró el reloj. La aguja señalaba las doce y diez minutos. En la puerta se oyó un ligero golpe. Se levantó bruscamente, exclamando: —¡Adelante! La puerta se abrió y el criado se separó para dejar pasar a una señora. —¡Iba vestida de negro y llevaba un espeso velo que la ocultaba el rostro. Era Beatriz. El criado salió de la habitación y en seguida la visita dió algunos pasos hacia adelante. —Dignés sentaros, señora—dijo Octavio Rouviere inclinándose con insolente cortésia. —Es inútil—le contestó con voz breve.—Me habéis escrito que teniais que revelarme algunos hechos que se refieren a mi hijo. Me anunciabais que estos hechos tan solo en vuestra casa podríais decírmelos. Aquí estoy. —Como gustéis, señora; pero lo que tengo que deciros es bastante largo. Temo que os canséis estando tanto tiempo de pie. Hizo una breve pausa, la miró frente a frente y exclamó con lentitud: —¡Ah! ¡pobre mujer, cuán grandes deben ser hoy vuestros remordimientos! Pensad que

sois la autora de todos los desastres que agonian a vuestro hijo. —No os había dicho que era de naturaleza débil y que necesitaba el apoyo de un padre? La señora de Lachesnaye no contestó. Era imposible además, ver el efecto que en ella hacían las palabras, porque el velo era tan tupido que la ocultaba por completo el rostro. —Si—prosiguió Rouviere,—sé que es débil, muy débil, pero no podía imaginarme que tan pronto, ni tan fácilmente, llegase a ser el juguete de una presa. —Escuchadme bien, Beatriz de Armoville, y sabreis el mal que habeis causado a vuestro hijo, obedeciendo a vuestro deplorable orgullo. La primera vez que le encontré en sociedad esperímental por él una secreta pero verdadera simpatía. ¿Fué por su parecido con vos? ¿Fué por el indefinible encanto que me recordaba a su madre? Lo cierto es, que me sentí atraído irresistiblemente hacia el joven. Tenía deseos de servirle de guía, de consejero, de protector. —Y sin embargo, desde aquel primer encuentro pude comprender que tenía una naturaleza impresionable, incapaz de dominarse y fatalmente dominado por la violencia de sus pasiones. Aquella misma noche, si yo no lo hubiese impedido, hubiese caído entre las garras de aquella aventurera que se hacía llamar lady Andley. —A Rouviere le pareció que a través del espeso velo, los ojos de Beatriz se fijaban con odio en él. En voz muy baja le preguntó: —¿De modo que habeis mentido al decirme que mi hijo no os conocía? Su interlocutor se sonrió. —No, no he mentido. No conocía a Octavio Rouviere. No iba a revelar, como debéis comprender, mi verdadero nombre. —Demasiado sabía que lo pondríais en guardia contra mí, y tenía empeño por adquirir su confianza. Además, hace mucho tiempo que he abandonado mi verdadero nombre. Soy para todo el mundo, excepto para vos, el americano Wallace Bryant. La señora de Lachesnaye se estremeció involuntariamente. —¿Cómo! ¿Erais vos ese Wallace Bryant? —exclamó. —Sí, señora. He adoptado la nacionalidad y

he tomado el nombre de mi mujer; muerto desde hace quince años. Beatriz contuvo un movimiento de horror. —¿Cuántos puntos que habfan permanecido oscuros se iluminaban con aquella revelación! —He aquí explicado cómo aquel hombre había podido entrar en la intimidad de Gaston y ejercer sobre él una influencia decisiva, mezclarse en su vida, sin que el desgraciado joven pudiese sospechar de él ni lo más mínimo. —¿Cuántas veces Gaston había, en efecto, afirmado que no conocía a Octavio Rouviere! Sin embargo, dominando su agitación, trató de conservar su sangre fría. —Además, como tenía el rostro cubierto, parecía imposible. Pero el infame había notado el repentino estremecimiento que la sacudió. —¿Puedo continuar?—preguntó con voz incisiva y burlesca. —No pudiendo hablar, hizo con la cabeza un signo de asentimiento. —Bien; pues voy a acabar mi relato. Vais a ver si he sido hombre de palabra. Como os decía, sentí simpatías por vuestro hijo, que además no rechazaba mi cariño; por el contrario no tardé en tener sobre él el ascendiente que tiene todo temperamento firme sobre una naturaleza débil. —¡Ah! si hubieseis consentido en ser mi mujer, qué brillante posición ocuparía hoy. Pero el día en que me desafiasteis con vuestra imprudente audacia, juré vengarme. Mi venganza ha sido tan completa como la desaba. Ha ido más allá de mis esperanzas. —¿Os acordáis de la ruptura de su matrimonio con la señorita de Saint-Albin? Yo soy el autor. —Poseía una carta que vuestro hijo me había escrito en la primera época de nuestras relaciones, cuando aún no pensaba casarse con ella. En aquella carta se expresaba en términos poco correctos sobre la altiva y rica heredera. —Aquella epístola se la enseñé a la señorita de Saint-Albin, haciéndola creer que había sido escrita durante sus relaciones. La orgullosa joven pudo suponer que se querido prometido no se casaba con ella más que por su fortuna... —Ya sabéis lo demás; vuestro hijo no pudo efectuar una de las más brillantes bodas de París... —Yo le llevé también al garito clandestino donde perdí sesenta mil francos.

LA GUERRA

NOTICIAS DIRECTAS DE WASHINGTON

PO. EL CABLE

DE NUESTRO CORRESPONSAL ESPECIAL

Washington 21, 315 t.

La hipocresía yankee.—Lo que cree fácil.—Hordas insurrectas y piratas invasores.

Vuelve a anunciarse el propósito atribuido al presidente Mac-Kinley de evitar en lo posible que los Estados Unidos disparen el primer cañonazo en la contienda con España.

En caso de oponerse, por la fuerza, las tropas españolas, se romperán las hostilidades; siendo entonces los españoles, en opinión de estos hipócritas, responsables de la agresión.

En caso de que aquella medida no encontrase resistencia, se enviarán tropas de invasión para expulsar a las fuerzas españolas. No responde de esta versión.

Se asegura que el general Miles ha celebrado una conferencia con Estrada Palma, para llegar a un acuerdo respecto al plan de campaña que han de seguir las hordas insurrectas y los piratas invasores.

Acscy.

Ejército improvisado.—El carbón contrabando de guerra.

Washington 21, 330 t.

La Cámara baja ha aprobado los proyectos de ley aumentando las fuerzas del ejército y dando entrada en él a las milicias. Los gobernadores de los respectivos Estados nombrarán la oficialidad.

Es probable que en la proclama de hoy el presidente llame a servicio activo a 80.000 milicianos.

De aprobarse el primero de los proyectos anunciados, el gobierno federal reconocerá los grados de los oficiales improvisados.

El gobierno ha publicado una alocución en la que se dice que a ruego de instigación de Inglaterra y en el caso de romperse las hostilidades, los Estados Unidos no recurrirán al sistema de corsarios. La bandera neutral cubrirá las mercancías del enemigo, excepto para el contrabando de guerra, en que será libre la confiscación bajo la bandera del enemigo.

Los bloqueos deberán ser efectivos para ser obligatorios, y esto implica la aceptación de las declaraciones de París de 1856.

El gobierno americano ejerce actualmente presión sobre los demás, para que el carbón se considere contrabando de guerra.

Acscy.

El Sr. Baldasano.—El vapor «Panamá».—Miedo a la escuadra española.

Washington 21, 340 t.

El cónsul general de España en Nueva York Sr. Baldasano, después de confiar los archivos e intereses españoles al cónsul general de Francia, se ha embarcado en el «Salario».

Témese que el vapor trasatlántico «Panamá», en que salieron ayer más de 100 españoles y considerable cargamento de provisiones, no pueda llegar a su destino dentro del plazo del ultimatum y sea interceptado.

Revelase aquí la verdadera impresión de temor que ha producido la noticia de la salida de Cabo Verde de la escuadra española y hácese conjeturas de todas clases, respecto al destino y propósitos de la misma.

Acscy.

Crisis en Washington.—Los antibelicosos y la opinión sensata.

Washington 22, 230 t.

El postmaster general, ó sea el ministro de Comunicaciones, Mr. Gary, ha hecho dimisión de su cargo, saliendo del gabinete por no estar de acuerdo con la política de la guerra.

Me consta que otros dos miembros del gobierno eran completamente opuestos a la guerra, aunque en el último momento se han dejado arrastrar por la política dominante.

Para la vacante que deja Mr. Gary ha sido nombrado Mr. Smith.

Esta dimisión constituye una oclenante protesta contra los hechos consumados a despecho de la sana opinión del país y refleja en las altas esferas con toda fidelidad el sentir de una gran masa de esta nación.

Juzgo por otros muchos síntomas y por las manifestaciones de simpatía hacia nuestra causa que me hacen numerosos conocidos americanos y su reproche de la agresión brutal de los Estados Unidos, así como por conversaciones escuchadas en los lugares públicos, que sin negar que exista una fuerte corriente belicosa y mucha patriotera, ha engrosado el contingente de los que son opuestos a la guerra.

Sin embargo, y a pesar de sus opiniones sensatas, todos consideran que los Estados Unidos no pueden ya retroceder en el camino emprendido.

Acscy.

DE LA AGENCIA FABRA

Washington 21.

La Cámara de representantes ha aprobado definitivamente el proyecto de ley llamando a los voluntarios.

Nueva York 21.

La escuadra del Atlántico ha zarpado de Cayo Hueso con rumbo a Cuba, para establecer inmediatamente el bloqueo de la Habana.

Washington 21.

El acuerdo de enviar la escuadra a Cuba fue tomado en el Consejo de Ministros del mediodía; pero el acuerdo fué tan bien guardado que hasta después de las tres de la tarde no se ha sabido.

Nueva York 21.

Las tropas cooperarán a la acción de la escuadra tan pronto como puedan concentrarse. Se cree que tardarán diez días en la concentración.

Nueva York 21.

La escuadra volante de Hampton Road ha recibido órdenes de zarpar, se cree que para cooperar con la del Atlántico al bloqueo de Cuba.

San Vicente de Cabo Verde 21.

Los buques españoles han tomado carbón del transporte «San Francisco».

La escuadra espera órdenes, con los fuegos cubiertos.

DE LONDRES

(DE NUESTRO CORRESPONSAL PARTICULAR)

Londres 21, 1040 m.

La reina regento y el Papa.

The Daily Chronicle recibe de Roma la noticia de que el Papa ha recibido ayer una carta de la reina regento dándole gracias por los esfuerzos que el Santo Padre ha hecho para el mantenimiento de la paz, y añadiendo que los españoles sabrán defender la patria y morir por ella.

El Vaticano y las potencias.

También de Roma recibe el Times un despacho diciendo que los embajadores de Francia, Austria, Alemania y España continúan cambiando impresiones con el Vaticano.

Ya corre sangre.

The Daily Mail, en telegrama de Nueva York, señala varios homicidios como resultado de riñas originadas por disputas sobre la cuestión de Cuba.

Otra provocación de Mac-Kinley.

Dicho telegrama añade que Mac-Kinley ha decidido enviar dos buques mercantes con provisiones a Sagua la Grande y a Matanzas. Dice que si los españoles atacan a dichos buques, serán considerados como agresores.

El general Lee tomará el mando de las fuerzas auxiliares.

Las municiones de boca.

Dos vapores cargados de provisiones y llevando a bordo 2.000 españoles han salido ayer de Nueva York para Cuba.

En los círculos navales se cree que la cuestión de aprovisionamientos será un elemento importante en la próxima guerra.

Harry.

EXPULSIONES NECESARIAS

Cuando de un momento a otro pueden romperse las hostilidades con los Estados Unidos, rotas ya todas las relaciones oficiales, hay quien cree que se impone la necesidad de que el gobierno use de su derecho de hacer salir de España a todo extranjero cuya permanencia en nuestro país pueda ser peligrosa para la defensa del territorio; y a esta categoría pertenecen los correspondientes de los periódicos yankees.

Por su profesión han llegado a tener acceso a círculos y lugares donde son testigos de vista inconvenientes y donde pueden oír cosas que se digan entre sí los buenos españoles y que interesen conocer tanto a más que a nosotros a nuestros enemigos.

En momentos como los actuales, en circunstancias como las que se aproximan, basta la censura telegráfica para vigilar a esos huéspedes, a quienes con sobrada paciencia hemos tolerado que envíen a diario sus ridículas calumnias y sus groseras injurias a los papeles que se imprimen en Nueva York o en Chicago.

Lo que se detiene en el telégrafo puede pasar por otro conducto.

Desde un plazo perentorio a esos correspondientes para que cesen la frontera de el puerto que más les convenga, para ir a otra parte a ejercer su profesión, en la seguridad de que no habrá un español que merezca el nombre de tal que de ellos recoja la poco envidiable herencia de correspondar con los periódicos yankees.

LAS MANIFESTACIONES DE LA NOCHE

Dónde se organizó

Próximamente a las siete y media de anoche empezó a formarse un grupo que engrosaba por momentos, en la calle de Sevilla, frente al edificio de La Equitativa.

Del grupo partieron primeramente varios vivas a España, al ejército y a la marina.

Después varias voces gritaron: ¡Abajo el escudo! retirándose al de los Estados Unidos que campea en el chaffán del edificio por encima del grupo escultórico que adorna el cuerpo central.

Bien pronto adquirió la calle de Sevilla imponente aspecto.

Los manifestantes ascendían a mil.

El gobernador

El Sr. Aguilera, que se hallaba en su despacho del para que asomó, recibió el aviso de que ocurría delante de La Equitativa, se dirigió a dicho sitio, en donde pudo enterarse de los deseos de los manifestantes.

Dijo a éstos que había encarecido con tiempo a la referida sociedad que retirara el escudo del edificio norteamericano, y que se le había ofrecido quitarle esta insubordinación.

El Sr. Aguilera reclamó silencio, y dirigiéndose a los marineros dijo: «Este es el momento de la honra nacional, más vale morir defendiendo la honra nacional, que desafiando los aires del Guadarrama.»

Terminó el gobernador con vivas a los marineros expedicionarios, a la armada española, a España y al rey.

Seguidamente procedió el gobernador a hacer una cuestionación, y después de depositar cinco duros en su sombrero, fué presentando éste a todos, recogiendo cuarenta duros, cantidad que entregó a un capitán de infantería de marina que iba encargado de los marineros.

Hay que tener en cuenta que los manifestantes en su mayoría eran artesanos y jornaleros, y muchos de éstos contribuyeron a la colecta con cantidades que variaban entre dos reales y diez céntimos.

Además el Sr. Aguilera obsequió a los expedicionarios con docientas cajetillas de cigarrillos.

El tren partió en medio de atronadores vivas.

El gobernador encareció a los manifestantes que observaran el mayor orden y se disolvieran.

LA CAÍDA DEL ÁGUILA.

A las nueve de la noche cayó a la calle el águila, abalanzándose el público sobre ella y arrastrándola en un corto trecho.

El gobernador, que había regresado ya de la estación, auxiliado por un delegado, se apoderó del pedazo de zinc repujado, guardándolo en el edificio de la Academia.

Una de las banderas que había en un balcón del Casino de Madrid, cayó a la calle de resultados del golpe que recibiera al caer el águila.

Un grupo la recogió, y dirigiéndose por la Puerta del Sol, se internó en la calle de Preciados.

Entonces apareció, tapando por completo el escudo, un lienzo blanco con la siguiente inscripción:

«Construido este edificio en garantía permanente de los asegurados españoles, está hipotecado en favor de los mismos.»

Esto calmó un poco los ánimos.

El gobernador, desde su coche, dirigió la palabra al público.

Señores,—dijo—es preciso que la manifestación se disuelva.

Alfando a la ley la he consentido por la noche, porque comprendía el espíritu que a todos os anima.

La bandera que aquí tengo (enseñándola) la entregareis ahora mismo en el Centro del Ejército y de la Armada; pero antes necesito de ustedes que den palabra de disolver una vez que se verifique el acto.

—Sí,—contestaron todos.

—Pues, allí,—exclamó el Sr. Aguilera, y la manifestación se puso en marcha con dirección a la plaza del Angel.

EN EL CÍRCULO MILITAR

En dicho Centro recibieron al gobernador el vicepresidente general Aznar, y el comisario de guerra de primera clase y contador de la sociedad, D. Francisco Gómez España.

El gobernador ocupó el balcón e hizo nuevamente uso de la palabra, recordando la hermosa nota que se había dado en la estación del Mediodía haciendo una suscripción en favor de los marineros, y recomandando a todos el mayor orden.

Desde el balcón del círculo habló un socio, recordando la calma y la prudencia, y suplicando al propio tiempo se disolviera la manifestación.

En dicho balcón se colocó la bandera española.

Otro grupo de manifestantes se dirigió al café Continental, donde la charanga de cazadores de Ciudad Rodrigo ejecutó la marcha de «Cádiz y la jota aragonesa».

Los vivas a España, a la marina y al ejército, se sucedieron con grandísimo entusiasmo.

EN EL CONGRESO

Cuando llegaron los manifestantes al palacio del Congreso, eran las once y media. La calle de Florida Blanca quedó ocupada por completo, y en el centro de los grupos ondeaba una bandera, que era aclamada de continuo con frenético entusiasmo.

¡Viva el ejército!

¡Viva la marina!

¡Abajo los yankees!

¡Que se asome Sagasta!

Estos eran los gritos en que se vez en cuando prorrumplía la multitud.

En aquel momento llegaba el Sr. Silvela a la puerta del Congreso acompañado del Sr. Dato y de otros amigos.

Los grupos no tardaron en reconocer al jefe de los conservadores, y de todos lados salieron voces gritando:

«¡Viva Silvela, que habla Silvela!»

El Sr. Silvela, en calma y dirigiéndose a los manifestantes, dijo:

«Los sentimientos del alma española solo puede interpretarlos hoy un grijo: ¡Viva España!»

—¡Vivava! contestaron todos.

El Sr. Silvela entró en el Congreso y a poco los manifestantes desfilaron.

EN EL ESPAÑO.

Un grupo bastante numeroso, con una bandera, penetró en el teatro Español, arrojando a esparterío por la embocadura y desplegando en la escena la bandera española, cuya aparición fué saludada con estruendos vivas y aplausos.

El público pidió la marcha de «Cádiz», que fué tocada al teatro.

Entró en el teatro el gobernador y, subiendo al escenario, pronunció un breve discurso arrojando a la concurrencia.

EN COLÓN.

Un numeroso grupo de manifestantes llevando varias banderas penetró en el circo de Colón, ocupando todas las localidades e invadiendo la pista.

En los primeros momentos se produjo alguna alarma, pues cuando entraban los manifestantes se encontraban en la pista, colocada en el centro de la pista, dos de las cuatro panteras que exhibe el valiente domador Mr. Mario.

Los marineros.

El Sr. Aguilera hizo presente que momentos después debían partir de Madrid para Cádiz cinco marineros que dentro de breves días formarían parte de la dotación del «Pelayo», y por tanto eran merecedores de una despedida cariñosa.

Estas palabras fueron suficientes para que los marineros de las personas que invadieron los alrededores de La Equitativa se dirigieran, en unión del Sr. Aguilera, a la estación del Mediodía, sucediéndose en todo el trayecto las mismas demostraciones de entusiasmo.

En la estación del Mediodía.

El público entró en el andén sin que se opusiera el menor obstáculo.

Allí estaban los futuros tripulantes de nuestro primer acorazado.

Ver los manifestantes a los marineros y aclamarlos fué una misma cosa.

Los muchachos contestaban a las muestras de entusiasmo de que eran objeto con vivas a España, a la marina, al ejército y al rey.

El Sr. Aguilera reclamó silencio, y dirigiéndose a los marineros dijo:

«Este es el momento de la honra nacional, más vale morir defendiendo la honra nacional, que desafiando los aires del Guadarrama.»

Terminó el gobernador con vivas a los marineros expedicionarios, a la armada española, a España y al rey.

Seguidamente procedió el gobernador a hacer una cuestionación, y después de depositar cinco duros en su sombrero, fué presentando éste a todos, recogiendo cuarenta duros, cantidad que entregó a un capitán de infantería de marina que iba encargado de los marineros.

Hay que tener en cuenta que los manifestantes en su mayoría eran artesanos y jornaleros, y muchos de éstos contribuyeron a la colecta con cantidades que variaban entre dos reales y diez céntimos.

Además el Sr. Aguilera obsequió a los expedicionarios con docientas cajetillas de cigarrillos.

El tren partió en medio de atronadores vivas.

El gobernador encareció a los manifestantes que observaran el mayor orden y se disolvieran.

Gracias a la oportunidad de la orquesta.

Como apenas comenzaron a entrar los manifestantes tocó la marcha de «Cádiz», y muy particularmente a la serenidad del domador, que recogiendo una de las banderas, penetró en la jaula donde estaban las fieras, trepando a la enana nacional y dando vivas a España y al ejército, se restableció prontamente la calma.

En la Puerta del Sol.

Delante del edificio donde se encuentran establecidas las oficinas de la sociedad La New York, se reunieron gran número de individuos y pidieron desapareciera el anuncio de dichas oficinas, dando vivas a España, al ejército y a la marina.

El director de dicha sociedad dispuso que inmediatamente desapareciera el rótulo que tal disgusto provocaba, y en su lugar se pusiera una bandera con los colores nacionales.

La bandera fué saludada con aplausos y vivas a España y al ejército.

También hubo manifestaciones en la plaza de los Ministerios, delante del Senado y del ministerio de Marina, y en otros puntos de la capital.

EXTRANJERO

FOR TELEGRAFO

Noticia rectificada.

Bruselas 21.

Don Carlos, acompañado de su esposa continúa en esta capital.—Fabra.

Vinos españoles.

París 21.

Las importaciones de vinos españoles durante el primer trimestre del corriente año han ascendido a 1.359.875 hectolitros.

En 1897 importaría 730.175, y en 1896 1.980.024.—Fabra.

LARA

Ante numerosa concurrencia se verificó ayer el beneficio de la hermosa actriz Matilde Moreno, la cual recibió variados obsequios de sus admiradores, y fué muy aplaudida en el diálogo de Miguel Echegaray, Las tres de la tarde, y en las comedias, La mariposa, Los guantes del cochero y El marido pintado, obras todas que se celebraron tanto como siempre que se representan.

La ejecución, primorosa por parte de todos.

El estreno de La jota no tuvo la fortuna de interesar. Sin embargo, sólo hubo leves protestas al acto el telón y el Sr. Larriva pudo proclamar el nombre de los autores.

Estos, que tuvieron la discreción de no admitir un éxito dudoso, no acudieron al llamamiento y han retirado inmediatamente la obra.

Bolsa de Madrid.—Cotización del 21

FONDOS PÚBLICOS DEL 20 DEL 21

4 0/0 perpetuo interior

Fin corriente..... 45 00 44 00

Idem fin próximo..... 44 10 44 40

Serie F. de 20.000 pts. nomls. 44 10 44 40

E. de 25.000 " " 44 10 44 40

D. de 12.500 " " 44 50 44 50

C. de 5.000 " " 44 90 44 90

B. de 2.500 " " 44 80 44 80

A. de 500 " " 44 60 44 60

G. y H. de 100 y 200..... 45 45 45 20

En diferentes series..... 44 65 45 10

4 0/0 perpetuo exterior

Serie F. de 20.000 pts. nomls. 55 90 55 00

E. de 25.000 " " 55 00 " "

D. de 12.500 " " 55 75 55 00

C. de 5.000 " " 55 00 57 20

B. de 2.500 " " " " " "

A. de 500 " " " " " "

G. y H. de 100 y 200..... 65 00 " "

En diferentes series..... 55 00 55 00

Partidas de 50.000 pts. nomls. 55 10 55 00

Id. de 100.000 " " 55 10 54 90

4 0/0 amortizable

Serie E. de 25.000 pts. nomls. 53 00 52 50

D. de 12.500 " " 52 50 53 00

C. de 5.000 " " 53 00 " "

B. de 2.500 " " 54 50 53 00

A. de 500 " " 54 50 " "

En diferentes series..... 53 00 " "

Obligaciones del Tesoro (serie A)

Idem id. (serie B)..... 100 00 100 05

Idem de Aduanas interiores 5 0/0 anual, n.oms. 1 a 1.800.000 63 50 67 00

Idem hasta 10.000 pts. nomls. 63 00 67 50

Billetes de Cuba (1888)..... 50 50 51 00

Idem hasta 10.000 pts. nomls. 50 50 52 50

Billetes de Cuba (1890)..... 41 00 41 50

Idem hasta 10.000 pts. nomls. 42 00 43 00

Oblig. Filipinas 6 0/0..... 58 00 " "

Idem hasta 10.000 pts. nomls. 58 00 " "

Cédulas hipotecarias al 5 0/0 130 00 130 25

Idem al 4 0/0..... 99 00 " "

Acciones Banco de España..... 200 00 200 00

Comp. Arrend. de Tabacos..... 180 00 181 00

